



Ismael Valdés Valdés
(1859 - 1949)

Don Ismael Valdés Valdés

DISCURSO DEL SR. FCO. MARDONES.

Publicamos a continuación el discurso pronunciado por don Francisco Mardones en los funerales de don Ismael Valdés Valdés, Miembro Honorario y Medalla de Oro de nuestra Institución.

Señores:

La vida nacional, plétórica de ciudadanos que han consagrado las mejores reservas de sus espíritus predilectos a formar esta patria chilena de que nos enorgullecemos con justa razón, plasmó en don Ismael Valdés Valdés una figura de relieves maravillosos.

Para juzgarle, sería necesario elevarse sobre las más altas cumbres de la solidaridad humana, y contemplar desde allí su obra creadora, o virtuosamente orientadora, en los diversos campos en que sus conciudadanos le asignaron cargos directivos de sus comunes actividades.

En todos ellos dejó rasgos muy marcados de su personalidad singular. Inteligencia clara, servida por una vigorosa formación moral, tuvo pasión por el cumplimiento del deber; demostrando, a su paso por las más diversas funciones, esa fuerza de idealismo y capacidad de realizaciones que sólo coexisten en los individuos predestinados a tomar parte activa en las grandiosas empresas de la Patria.

Titulado de Ingeniero Geógrafo en 1878, complementó su formación profesional con el estudio de algunas asignaturas de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, y de otras de la Ciencia Agronómica.

Con este bagaje de conocimientos se incorporó desde muy joven al movimiento político y sirvió la doctrina liberal en la Cámara de Diputados, en el Senado, en el Ministerio de Guerra y Marina, en la Presidencia del Partido; en toda su dilatada vida pública, para decirlo de una vez.

Con un ritmo de continuidad en que se manifiesta la fuerza de una vocación irresistible para aquellas actividades públicas que más exigen espíritu de apostolado, abandonó el campo de la política activa para consagrar sus desvelos a obras filantrópicas, en la Beneficencia Pública, en la protección a la infancia, particularmente en el Patrona-

to Nacional de la Infancia y sus fundaciones anexas, en la atención hospitalaria de los niños, en el Cuerpo de Bomberos de Santiago, etc.

En todas estas actividades, que otros personeros han puesto ya en evidencia, don Ismael Valdés conquistó los puestos directivos de mayor responsabilidad, sin solicitarlos, y sólo merced a su fina cultura, a su señorial dignidad, a su bondadosa tolerancia, a su discreta ponderación para juzgar hombres y hechos, a su portentosa capacidad de trabajo, a su metódica disciplina en la acción, a su habilidad para ordenar sin hacer sentir la fuerza de su mando, a su facultad para despertar el deseo de colaboración entre sus auxiliares, y a la estimación y respeto que inspiraba su proverbial austeridad; porque todas estas virtudes y cualidades le conquistaron la estimación cariñosa de sus compañeros de trabajo, y el aprecio de los colaboradores que disciplinaba con su ejemplo en la dedicación al servicio de la colectividad.

Y de este modo, y gracias al prestigio conferido a su personalidad por los títulos que lo recomendaban al acatamiento de la sociedad chilena, le cupo ejercer provechosa influencia en todos los medios sociales en que le correspondió actuar, y vincular su nombre a un largo y expresivo capítulo de la historia nacional.

No menos fecunda que en las actividades ya esbozadas, fué su participación en el campo profesional. Aquí se demostró como un eficiente promotor del progreso industrial de la República, tanto en sus funciones como Director y Vicepresidente de la Sociedad de Fomento Fabril como en las de Presidente del Instituto de Ingenieros.

Cuando en 1900 se resolvió la unificación de este Instituto con la Sociedad de Ingeniería, dos entidades afines que existían desde 1888, el señor Valdés Valdés fué elegido Presidente de la nueva corporación, el actual Instituto de Ingenieros de Chile. Me correspondió acompañarle en esta jornada, como Secretario de la Sociedad de Ingeniería, y como uno de los dos Secretarios del nuevo Instituto. Desde entonces cultivamos una mutua estimación a través de cerca de cincuenta años, reavivada periódicamente por sus afectuosos mensajes, cada vez que estimó útil hacerme llegar sus palabras de estímulo.

Su discurso en la Asamblea General de ambas entidades, celebrada para constituir aquella nueva corporación, fué todo un programa de la labor que correspondería desarrollar a los ingenieros en la vida futura del país, prosiguiendo la que brillantemente habían efectuado en los cincuenta años anteriores.

Es gratísimo para mí, proclamar en esta ocasión y como un homenaje al ilustre ingeniero, antes de que el silencio de la tumba guarde su último sueño, que aquel programa ha sido cumplido por la ingeniería nacional en la parte que el país ha necesitado en el tiempo transcurrido desde entonces; y que está perfectamente capacitada para llenar esta tarea en toda la amplitud que el país le exija. La ha cumplido en las labores educacionales, en la ejecución de obras públicas de toda naturaleza, en la construcción, montaje y administración de las más importantes y variadas empresas industriales; en suma, en todo el enorme acervo de realizaciones que constituyen la base de nuestra economía nacional. Con igual empeño ha tomado en sus manos los dos resortes conceptuados como los medios más eficientes para obtener la economía y el perfeccionamiento de la producción; esto es, la investigación tecnológica y la elaboración de normas técnicas. Ha cumplido también aquel programa en la parte relativa al urbanismo, cuyos estudios cultiva una División especial del Instituto de Ingenieros. Y aludo particularmente a esta materia porque ella constituyó una faceta muy atrayente de la personalidad de don Ismael Valdés Valdés. Su dedicación a los problemas del urbanismo, se tradujo en la publicación de folletos y de artícu-

los de prensa, en su participación en comisiones de estudio de la transformación de las ciudades de Santiago y de Talca, etc., etc., tanto, que especialistas de aquel ramo reconocieron sus afares, y le designaron Presidente Honorario del Comité Central de Urbanismo, el año 1929.

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, por su parte, le llamó a su seno en 1901, designándolo miembro académico de ella. En él encontramos los ingenieros un consejero hábil, exente de toda marcha de pasión insana, que siempre supo indicar la solución justa y armónica para toda divergencia entre colegas.

El año 1927 el Instituto de Ingenieros de Chile le designó miembro honorario y más tarde, en 1938, le otorgó la medalla de oro con que anualmente honra a uno de sus miembros, elegido entre los que conceptúa dignos de tal galardón por los servicios prestados al país en alguna de las múltiples actividades de la ingeniería.

Su nombre está, pues, inscrito desde entonces en los anales de los valores humanos de la ingeniería chilena.

Asumo en esta oportunidad la doble representación de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile y del Instituto de Ingenieros de Chile, por encargo de sus respectivas autoridades; y vengo a tributar en su nombre a tan esclarecido ciudadano, el homenaje de admiración, de respeto y de profunda gratitud que los ingenieros le debemos por los magníficos ejemplos que nos ha legado y que encontramos en cada paso de su noble y desinteresada vida pública.